

Lautaro Yankas.

Impresión de Mariano Latorre



CONDICION del escritor—novelista, cuentista, ensayista—ha de ser la de llevar con él una conciencia. Forjado en esta ruda y medular tarea de la palabra viva, pienso con justicia que la vanidad puede ser la fuerza menos decisiva en la línea total de un escritor y si fuere el único móvil como ha sucedido en muchísimos casos con la actual generación, el tiempo, también sensible a los valores negativos, ha tendido un manto bondadoso sobre las cenizas de lo que no resistió la combustión de un siglo idealista al par que objetivo.

Constituye aberración en nuestro medio el que algún trabajo de intención literaria, sin antecedente propio, sin condición que justifique su yuxtaposición junto a obras precedentes, sea prohijado por mentores de corrillo o de salón, cuando no es agraciado con substancioso premio, bien trabajado en los entretelones municipales o en otras encrucijadas. No tenemos más que recordar los últimos concursos desde el año 40 a esta parte.

Durante la última década la actualidad literaria se ha visto sorprendida por obras de este tipo, iluminada desde el ángulo de la crítica interesada y el resultado ha sido el predominio de una literatura panfletaria y política en unos casos, y en otros de una producción folletinesca y blanda, capitosa y de intimidad ambigua, con arrestos psicológicos a lo Bourget y con pretensiones freudianas mal vertidas.

Sobre esta crema de consultorio clandestino, destacan libros viriles, contados es cierto, aunque suficientemente honrados y saludables para gravitar en el examen de valores de este escaso medio siglo. Ahí van algunos nombres al azar: «Campe-sinos», de Durand, «On Panta», «Hombres y zorros», de Latorre, «Paralelo 33, Sur», de Juan Marín, «Cabo de Hornos», de Coloane, y ahora, desbordando el vacío de nuestra actual cuentística, «Mapu», un libro de maestra ejecución y de hondura tal que deshace desde el comienzo las prevenciones vulgares y vanidosos de los mentores.

Desde su iniciación en la literatura, Mariano Latorre es cautivado por la realidad substancial, maciza del paisaje. Toma en sus primeros cuentos el ambiente maulino y lo maneja con ternura de artesano, lo traslada y lo construye en el espacio profundo de la página. No lo tienta el impresionismo luminoso de los atardeceres y de las brumas costeñas, sino, antes que nada, la plenitud de la naturaleza. De ahí esta comunión entre él y la tierra robusta, entre sus tipos y el medio en que generalmente mueren, o desaparecen como manchas de sombra.

Esta tendencia objetiva se fué acentuando en la obra de Latorre a tiempo que una vibración inédita fluía en el paisaje. Se generaba ya en el escritor el estremecimiento del subconsciente ante la revelación de un misterio maravilloso: el paisaje es asunto inagotable, en hondura y extensión, y el ánimo universal, el propio aliento que emana de las entrañas del hombre vibra en la crispatura de los cerros y en la obscuridad greña de los bosques.

Esta vibración nueva, la vida dominante del paisaje, el aliento cósmico de las cosas en sosiego, como temática central, está en «Cuna de cóndores», en cuyas páginas no arde otra epopeya que la fluyente de la tremenda imposición de los Andes. Tan pequeña y triste asoma allí la vida del hombre.

En ambiente distinto, el temperamento de Latorre, excitado por la fuerza de la tragedia humana, encuentra coyuntura,

y crea su novela «Zurzulita», donde las pasiones casi ahogan el paisaje matizado y adusto de los cerros de Millavoro.

Los cielos alados e idílicos del sur, las gamas verdes volcadas en el espejo profundo de los ríos, dan al escritor el marco hechizado donde sueña la muchachita rubia, hija de colonos, rosada y tierna como una manzana Reineta. Tal, en «Ullý».

El mar, que en la boca del Maule—viendo a las rústicas lanchas cruzar la peligrosa barra—lo inquietara con extraños sueños y románticas proezas, lo lleva hasta los viejos rincones añorados y revive a sus héroes en «Chilenos del mar», un libro saludable.

Desde «On Panta» hasta «Mapu», se hace perceptible en la vena narrativa de Latorre una suerte de suave dejo humorístico, lo que comunica a muchos de sus relatos inesperada y grata livianura. Las gotas de sangre francesa que arden en Latorre y, sobre todo, la intimidad lograda con el campesino, han penetrado su sensibilidad con el resultado que vemos. Acaso en lo futuro las páginas de Latorre vayan acentuando este sabor que quizás se hacía desear en algunos de sus anteriores libros. Como maestro del paisaje, el escritor no prestaba mucha atención a la trayectoria de los personajes y así el drama humano a menudo venía desde el comienzo condicionado por aquél. Ahora vemos que el hombre gana con frecuencia el primer plano y lo mantiene hasta el desenlace. La emoción fluye así sin mucho esfuerzo de las situaciones hábilmente llevadas.

¿Llegará Latorre en sus próximas obras al justo equilibrio o a una proporción expresiva entre el paisaje y el hombre? ¿Sería esta una conquista en su trayectoria o una desviación? En todo caso, pienso que Latorre obedece, desde muchos años, a una conciencia y sigue leal a ella. Su visión le dictó el camino y su sentido crítico la dió la técnica, que se ha enriquecido sin limitaciones: no concesiones.

Tal sucede en «Mapu», libro escrito a plena conciencia, con la seguridad del maestro que agrupa y yuxtapone sin esfuerzo

las masas de un gran conjunto. Eso es «Mapu» en su aspecto general, en cuanto a la ordenación de los veintiún títulos y al ritmo interior que pugna en ellos y crea este aliento de gran sinfonía de la tierra virgen y el hombre. Se inicia «Mapu» con un pórtico que ilumina la perspectiva del libro. Sigue un cuento, «La cola de l'Escurra», trozo vivo de aquella lucha sin cuartel por el pedazo de tierra y por lo que ella cría. En suave y sugerente alternancia, sigue un poema narrativo, «El secreto», que podría traducirse por el canto de los piñones. Luego hay un agudo cuento, «El yerno de Marinao», uno de los mejores observados del libro. Los personajes actúan en una atmósfera tortuosa que permite apreciar la penetración del escritor. Como un remanso, surge ahora el poema «Las gualas», eglógica versión de la tierra sureña.

De este modo van eslabonándose cuentos y poemas. Estos son a modo de notas líricas, manojos de imágenes traspasadas por la luz lavada de las mañanas o por la gama de los crepúsculos, cuando no es el canto del chucao en el silencio de la selva. Aparte los títulos anotados, destacan en el conjunto la epopeya de toro Pampa Viejo, sin olvidar la novela corta «Y un filón de rojo raulí», maestra interpretación de la vida en la selva.

Tales poemas y cantos, que timpanizan el vigoroso curso del libro, abundan en elementos descriptivos, lo que denota el total conocimiento de aquel mundo insospechado para muchos. La emoción lírica fluye, no obstante, de cada sólido motivo, como el ánimo propia de las cosas y los seres.

¿Podríamos, acaso, sugerir la expresión de total lirismo en una obra como «Mapu» de total dramatismo? Si existe en el conjunto una rítmica versión del drama múltiple y del poema alado, debemos destacar su valor de simbología de la selva, con su estructura de anchas raíces perdidas en la tierra y sus ramas erguidas hacia el sol.

El color, la alegría, la malicia y la pasión de que es capaz nuestra raza, se enfrentan en las páginas de «Mapu», mientras la selva, la tierra, «Mapu en suma, da nueva vida, sepulta y crea, plasmando así eternidad y belleza.

Mariano Latorre nos ha dado un libro definitivo. Mayor contenido de vida en prosa mejor cincelada no es fácil hallar en nuestra literatura.